

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XXXII. **Madrid 14 de Enero de 1873.** NÚM. 2.

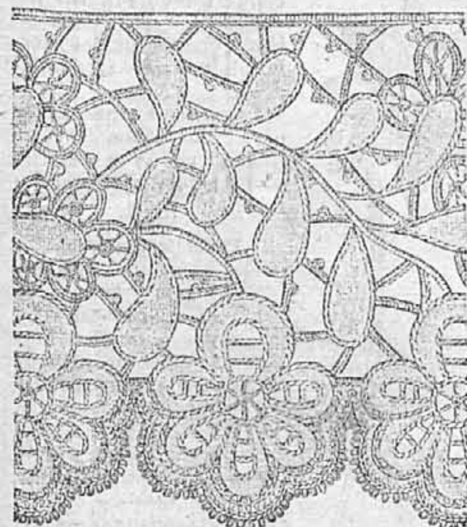
1 Á 5.—TOCADOS DE TEATRO Y BAILE.

S.N.

1.—Tocado de cinta de moaré color de rosa.
2.—Tocado de cinta de moaré negro.
3.—Puff Luis XV.
4.—Tocado de cinta negra.
5.—Tocado de cinta de reps.



6.—Dibujo de red para colchas, cortinas, etc.



7.—Encaje al punto de Venecia.

Tocados de teatro y baile. Núms. 1 á 5.

Núm. 1. *Tocado de cinta de moaré color de rosa.*—Se compone de un *bandó* hecho de tul y alambre, plegado de manera que forme una punta por delante, y cubierto de cinta de color de rosa de 6 ½ centímetros de ancho. El *bandó* termina por cada lado en un pedazo de 14 centímetros de largo, el cual se *retuerce* en medio, por detrás, y se cubre con un lazo de la misma cinta, completado con dos caidas, una de 10 y otra de 40 centímetros, y un torzal de tul hecho con una tira realzada por una blonda blanca de 5 centímetros de ancho. Por encima de la caida más larga va una barba hecha con dos blondas, cosidas *pié* contra *pié*. Rama de flores de terciopelo blanco y rosa con follaje oscuro.

Núm. 2. *Tocado de cinta de moaré negro.*—El mismo *bandó* que en el anterior tocado. Se le cubre con cinta de 3 centímetros de ancho, que sobresale 13 centímetros por cada lado de la extremidad del *bandó*. Se guarnece además este *bandó* con tul negro, encaje negro, cocas y caidas de cinta de 6 ½ centímetros de ancho. En medio del lazo de delante se pone un camafeo de azabache. En medio, por detrás, una caida de cinta de 3 centímetros de ancho por 17 de largo, sobre el cual se fija el excedente que sobresale del *bandó*, y además un lazo con largas caidas, hecho con cinta ancha y una barba de encaje negro. En un lado un ramo de rosas.



9 —Marco para fotografías.
(*Véanse los dibujos núms. 10 á 13.*)

Núm. 3. *Puff Luis XV.*—Corona hecha de tul y alambre cubierta con cinta de moaré azul pálido, de 6 ½ centímetros de ancho, fruncido transversalmente á intervalos de 8 centímetros. Sobre estos fruncidos se pone cada vez un broche de cuentas blancas. En medio, por detrás, cocas y caidas desiguales de cinta. Ramo de flores y pluma blanca.

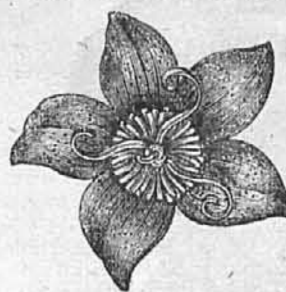
8.—Encaje al punto de Venecia.

Núm. 4. *Tocado de cinta negra.*—El mismo *bandó* que en el primero y segundo tocado (de tul y alambre). Se le cubre con cinta negra de 6 ½ centímetros de ancho, y encaje negro de 6 centímetros de ancho, fruncida y cosida en *ondulaciones*. En medio, por detrás, se fija una caida de cinta de 22 centímetros de largo, la cual sostiene un velo de tul y encaje. La punta de delante de este velo va fijada sobre la punta de delante del *bandó*. La misma caida sostiene además varias cocas de diferentes dimensiones hechas con cinta negra de 3 centímetros de ancho.

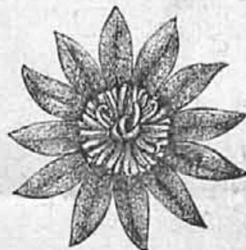
Núm. 5. *Tocado de cinta de reps.*—La *armazon* se compone de una *corona* de tul rígido y alambre, la cual tiene 2 centímetros de ancho y va cubierta de cinta color melocoton y encaje negro: la cinta va bordada con cuenta de azabache. En medio, por detrás, van dos caidas de cinta de 38 centímetros de largo, y una barba de tul negro y encaje negro. En el lado izquierdo una rama de flores de terciopelo con follaje de raso del mismo color de la cinta. Otra rama igual por detrás.



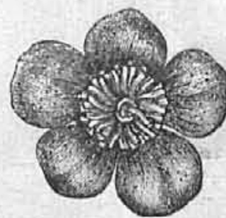
10 —Hoja del marco para fotografías.
(*Véase el dibujo n.º 9.*)



11 —Flor del marco para fotografías.
(*Véase el dibujo n.º 9.*)



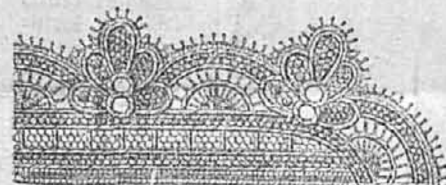
12.—Flor del marco para fotografías.
(*Véase el dibujo n.º 9.*)



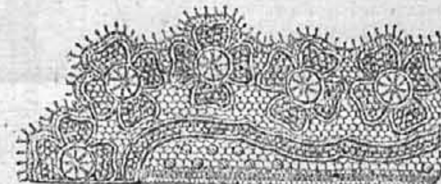
13.—Flor del marco para fotografías.
(*Véase el dibujo n.º 9.*)

Dibujo de red para colchas, cortinas, etc. Núm. 6.

Se ejecuta este



15.—Parte del cuello bordado sobre tul. Imitacion de encaje.
(*Véanse los dibujos núms. 26 y 28.*)



16.—Parte del cuello bordado sobre tul. Imitacion de encaje.
(*Véanse los dibujos núms 27 y 29.*)

14 Cenefa para muebles, portières, etc. Punto de cadeneta.

d bujo sobre un fondo de ed con algodon blanco de bordar ó hilo fino. Sirve para colchas, cortinas, cortinillas de ventana, etc.

Dos encajes al punto de Venecia. Núms. 7 y 8.

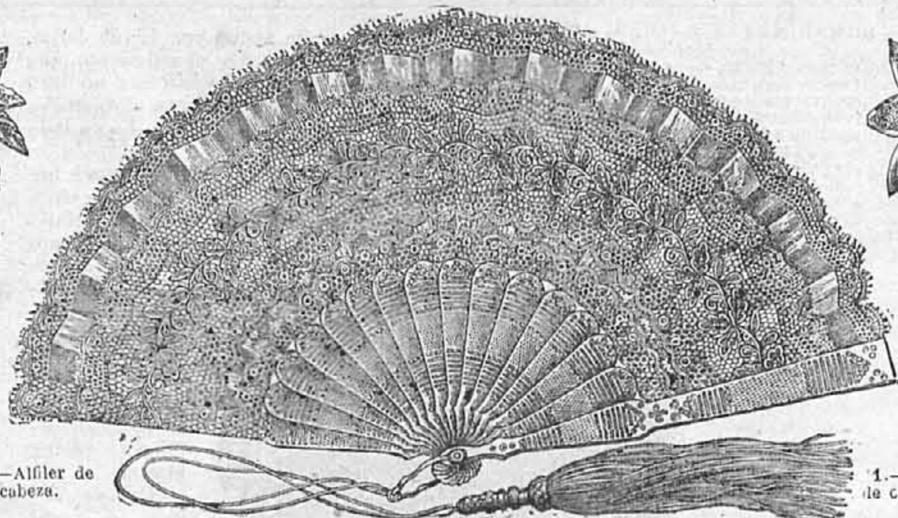
Se bordan estos encajes sobre lienzo fino, batista, muselina ó nansuk, con algodon de bordar ó hilo fino. Se ribetean los contornos, como indica el dibujo, y se sigue en todo lo demás las indicaciones del mismo.

Marco para fotografías. Núms. 9 á 13.

Este marco es de carton doble, y va adornado con flores y hojas de tafilete. Se hacen estas hojas y flores como indican los dibujos núms. 10 á 13.



20.—Alfiler de cabeza.



17.—Abanico revestido de tul y encaje.—*Véanse los dibujos núms. 18 y 19.*



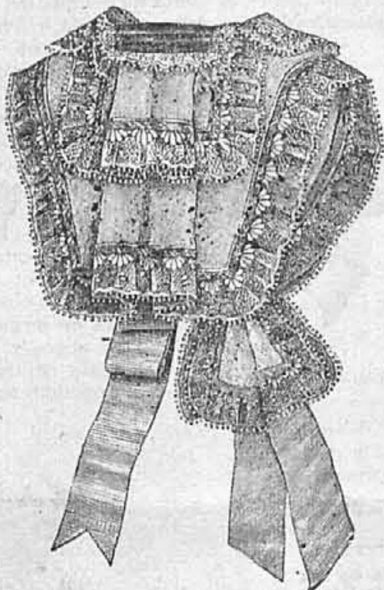
21.—Alfiler de cabeza.

Cenefa al punto de cadeneta.—Núm. 14.

Sirve esta cenefa para muebles, portières, etc. Se la borda sobre paño ó reps de lana con lana musgo ó seda torzal de varios colores al punto de cadeneta.

Dos cuellos bordados sobre tul (imitacion de encaje).—Núms. 15 y 16, 26 á 29.

Se bordan estos cuellos sobre tul fino de Bruselas con hilo tambien fino. Los dibujos que acompañan á estos dos cuellos indican sus detalles, representándolos de tamaño natural.



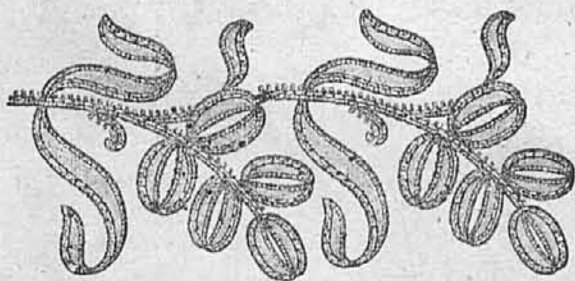
22.—Fichú de muselina. Espalda. (*Véase el dibujo n.º 23.*)

Abanico revestido de tul y encaje. Núms. 17 á 19.

Segun sea el color del varillaje del abanico que se ha de cubrir, así se empleará tul blanco ó tul negro, y además dos tiras de raso cortadas al sesgo, de 4 centímetros de ancho cada una. La tira de tul tiene 5 centímetros de ancho. Sus dos lados largos descansan sobre las tiras de raso. El centro de esta tira va guarnecido con una cenefa bordada que está representada de tamaño natural por el dibujo núm. 18. Se ejecuta esta cenefa sobre muselina fina (ó sobre gasa negra si la tira es de tul negro), con hilo un



24.—Corpiño descotado de muselina, encaje y cintas.



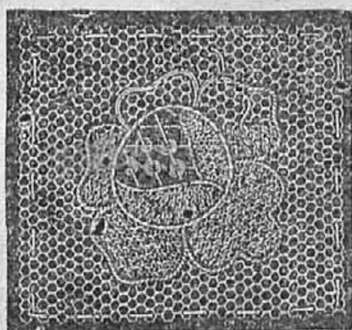
19.—Cenefa de aplicacion para el abanico n.º 17.

poco grueso, que se cose sobre los contornos del dibujo, y puntilla estrecha. El dibujo núm. 19 representa otra cenefa para el mismo uso. No necesitamos añadir que puede reemplazarse la cenefa bordada por un entredós blanco ó negro, segun el tul. La parte superior y la inferior del abanico van cubiertas con un encaje de 2 centímetros de ancho. Cordon y borlas de seda.

Dos alfileres de cabeza y una diadema.—Núms. 20, 21 y 30.

Los alfileres son de concha ó de azabache. Sirven estos alfileres, ora para apuntar una cofia ó tocado, ora para llevarlos en lo alto de la cabeza (cinco seguidos) formando una especie de diadema.

La diadema representada por el dibujo núm. 30 es de concha, con una barreta, lazo y espiral de metal dorado.



27.—Detalle del cuello. (*Véanse los dibujos núms. 29 y 16.*)



25.—Silla con bordado de aplicaciones.

Fichú de muselina.

(*Véanse los dibujos núms. 22 y 23 del periódico.*)

Los adornos de este fichú se componen de tiras bordadas de 3 centímetros de ancho, encaje blanco de 3 ½ y 4 ½ centímetros de ancho, cinta gris de 5 ½ centímetros de ancho, y cinta verde del mismo ancho.

Corpiño descotado de muselina y encaje.—Núm. 24.

Se hace este corpiño de muselina plegada perpendicularmente. Se le adorna con cenefas bordadas y recortadas sobre el contorno del bordado y lazos de cinta de 4 centímetros de ancho.

Sillon con bordado de aplicaciones. Núm. 25.

Las figs. 46 y 47 de la hoja de patrones núm. 1 corresponden á este objeto.

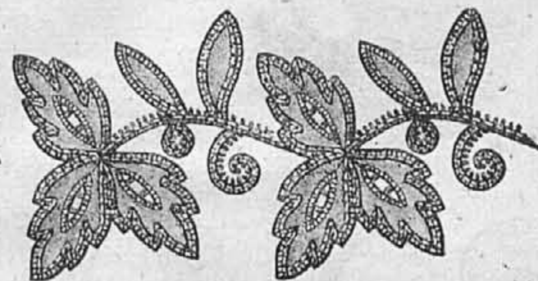
El sillon es de madera labrada. Va cubierto de paño moreno, ornado por aplicaciones de faya del mismo color, pero de matiz más oscuro ó más claro, en el espaldar. El asiento va guarnecido de un lambrequin de lo mismo. La figura 47 representa la cuarta parte del dibujo del espaldar, y la fig. 46 es la mitad de uno de los lambrequines del asiento. Las aplicaciones van fijadas por medio de un punto de feston hecho con seda morena. Los lambrequines van rodeados de un cordon de lana ó seda del mismo color. Borlas tambien de color moreno.



23.—Fichú de muselina. Delantero. (*Véase el dibujo n.º 22.*)

Fichú de tul y encaje.—Núm. 26.

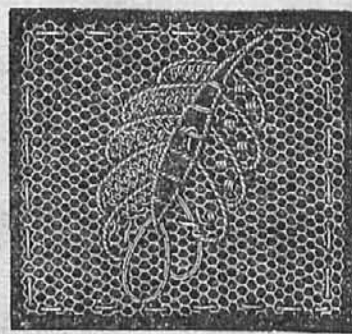
Se hace este fichú de tul brochado, y va guarnecido de encaje de Chantilly de 7 centímetros de ancho. Se le pliega en medio sobre el escote, y luégo por delante bajo un lazo de cinta. Este fichú es un simple cuadro cuyos picos de detrás se redondean. Se le lleva indistintamente sobre los corpiños descotados, semi-descotados ó altos.



18.—Cenefa de aplicacion para el abanico n.º 17.

Dos medallones. Núms. 32 y 33.

Sirven estos medallones para tarjeteros, portamonedas y otros objetos análogos. Se les hace con aplicaciones de tafetan y terciopelo y bordado ejecutado con sedas de diversos colores.



26.—Detalle del cuello. (*Véanse los dibujos núms. 28 y 15.*)

28.—Cuello de tul bordado (*Véanse los dibujos núms.* 26 *y* 15.)

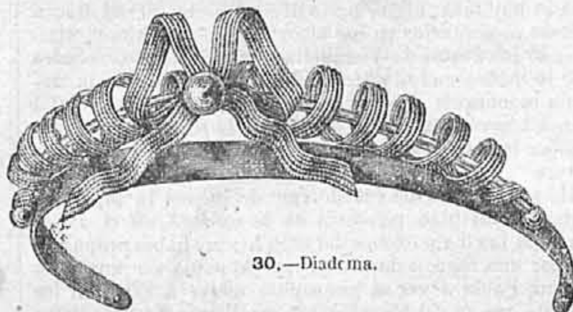
Tapete de chimenea bordado de aplicaciones.—Núm. 34.

La fig. 26 de la hoja núm. 1 pertenece á este tapete.

El lambrequin es de paño azul oscuro. Las aplicaciones se hacen de paño amarillo (no muy vivo): el bordado se ejecuta con seda torzal de color moreno y los dientes ú ondas van rodeadas de trencilla morena fijada con puntos amarillos. Borlas de color moreno mezclado de amarillo. Por supuesto que estos colores se modifican segun el mueblaje de la pieza á que se destina el lambrequin.



31.—Fichu de tul y encaje.



30.—Diadema.

LA LUNA DE MIEL.

I.

«¿Te has muerto? Si no es así, si vives, ¿por qué razon guardas tan tenebroso silencio?... Yo, en igualdad de circunstancias, habria sido capaz de escribirte desde el otro mundo. Nunca fuiste cortesano de mis prosperidades, y no puedo creer que tu amistad le haya vuelto la espalda á mi desventura. Ahora me acomete el temor de que nuestras cartas hayan sido interceptadas, y no puedo explicarme de otro modo tu conducta conmigo, porque he creido siempre en tu amistad y no he creido nunca, y por supuesto ahora ménos todavía, en la inviolabilidad de la correspondencia.»

«Si mis cartas se han salvado de la encrucijada en que tantas caen, no me queda más que una suposicion para disculparte. No has contestado á ninguna de las dos porque no tenias nada que decirme, y no has querido aumentar mi mal humor con reflexiones tardías, y estás aún buscando un buen consejo que darme.»

«No obstante me inclino á creer que mis cartas se han extraviado, y voy á resumir en dos palabras el contenido de ellas. Hélo aquí: Elisa no me ama. Es verdad que no la creo capaz de amar á nadie; porque es insensible á todo ménos á las satisfacciones de su vanidad: su belleza y su fausto, hé ahí los dos únicos pensamientos que llenan su alma. Sé muy bien que mi mal no tiene remedio, y conozco perfectamente lo delicado de mi posicion. No me asedia el recelo de que otro hombre me sustituya en su corazon, pero... estoy seguro de que necesita para vivir la atmósfera de la admiracion. No sé qué sistema de conducta debo adoptar para librarme del peligro de las apariencias. ¿He de constituirme en vigilante de sus acciones y en fiscal asíduo de sus palabras?... En primer lugar seria inútil, y en segundo lugar, si ahora le soy indiferente, entónces llegaria á serle odioso. Además, no se escaparia este espionaje á la perspicacia del mundo, y las gentes más sensatas me tendrian por un marido impertinente. Si me dejara llevar de mi genio plantearia la cuestion francamente y propondria una separacion amistosa; ¿pero á cuántas suposiciones no daria lugar este paso?... ¿Quién sabe á dónde llegaria el furor de las conjeturas?... Comprendo que es necesario hacer el papel de marido dichoso, que es preciso ser feliz á pesar de todo, á lo ménos siquiera en estos primeros dias... ¡Qué luna de miel me ha deparado mi suerte!»

«En honor de la verdad, no tengo motivo para quejarme. Yo reflexiono y digo: ¿Acaso soy el único sér en el mundo á quien la satisfaccion de la belleza y la pompa del lujo me roban el tierno cariño de la mujer que he elegido

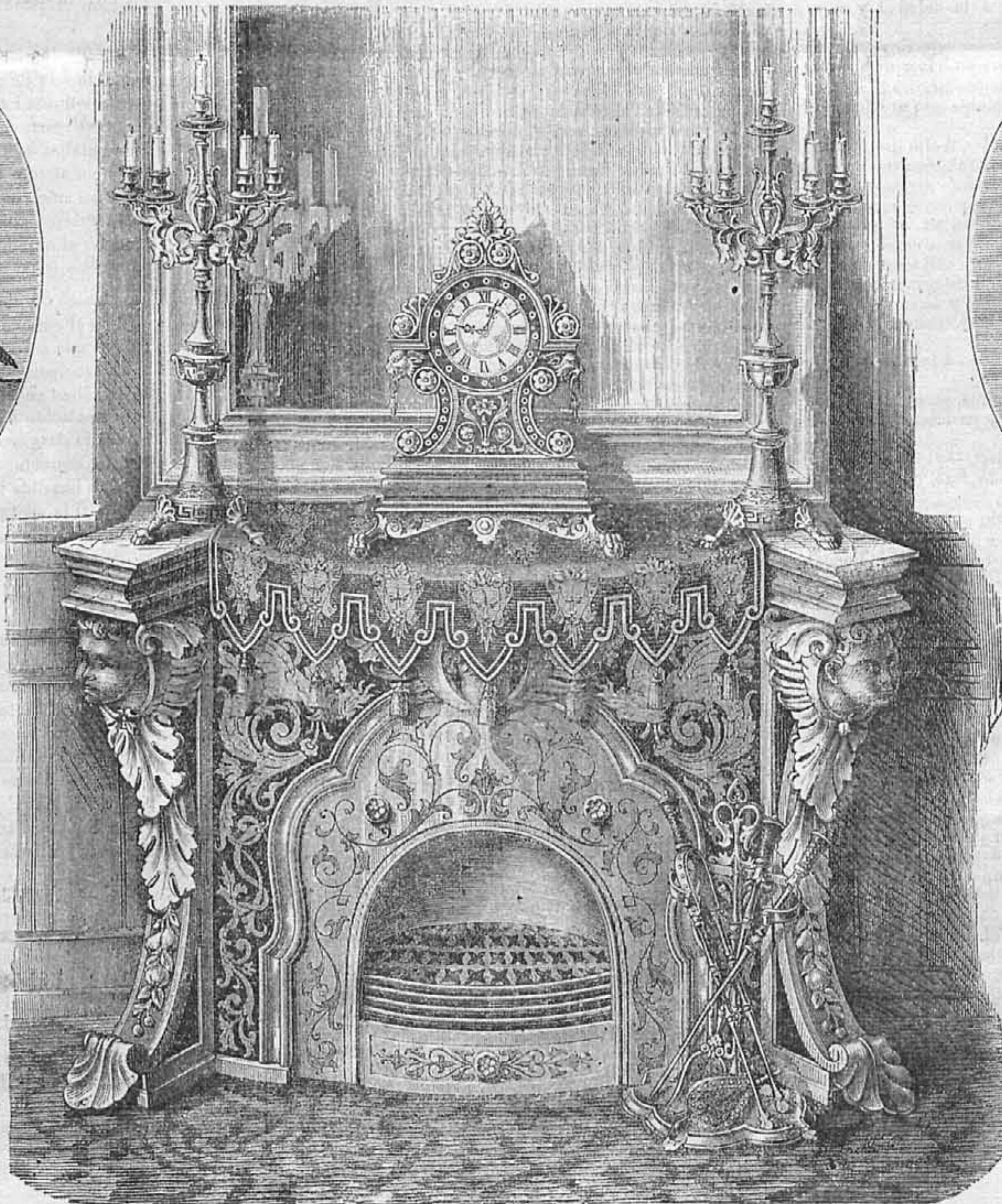
29.—Cuello de tul bordado. (*Véanse los dibujos núms.* 27 *y* 16.)



32.—Medallon bordado.



33.—Medallon bordado.



34.—Tapete de chimenea con bordado de aplicaciones.

para que sea la compañera de mi vida?... ¿No es, por ventura, una pretension exorbitante aspirar á la preferencia de un corazon sumergido en las embriagueces de la vanidad?... ¿Con qué derecho puedo yo exigirle que me sacrifique el doble esplendor de su hermosura y de su fausto, cuando yo mismo he sido el primer adulador de sus adornos y de sus encantos?...»

«Ahora recuerdo con cruel memoria que obtenia sus sonrisas más encantadoras y sus miradas más expresivas, cuando acertaba á enaltecer con frases felices y originales la perfeccion de su tocado, la pureza de sus facciones ó el gusto exquisito de sus adornos. ¿No es esta la mujer que yo he elegido? pues entónces, ¿cómo pretendo que sea otra? ¿Me es lícito exigir que Elisa deje de ser Elisa?»

«No dirás que no discurro con juicio. Ya ves que reconozco la parte que tengo en mi desdicha. ¡Cuán cierto es que la mayor parte de nuestras desgracias nos las debemos á nosotros mismos!»

«¿Me resigno?... Muy bien: ¿pero cómo?... Dos maneras se me ofrecen: ó la abandono á las contingencias de su vanidad y á los escollos del mundo en que vivimos, encerrándome en la más completa indiferencia, ó por el contrario, intento conquistar su corazon despertando en él los sentimientos que son la vida del alma. Despues de reflexionar algunos instantes, resolví apelar al último medio. La empresa me pareció verdaderamente árdua; imagínate que es preciso educarla de nuevo sin que ella lo advierta.»

«Estoy acostumbrado á vencerlo todo con el dinero, mas en esta ocasion advertí que mi riqueza iba á servirme de estorbo. Necesitaba yo establecer cierto aislamiento para llevar á cabo mi propósito, y en nuestra brillante posicion es muy difícil alejar el mundo que nos rodea, mas bien el mundo que nos invade; pero me ocurrió una idea felicísima.»

«Poseo á doce leguas de Madrid, y próxima al camino de hierro del Mediodía, una casa de campo, en la que he invertido por puro lujo muchos millones. Es una posesion digna de un príncipe. Pero bah, te estoy dando noticias de una cosa que conoces lo mismo que yo, pues hemos pasado en ella juntos algunas temporadas.»

«Hace algunos dias hice delante de Elisa un elogio apasionado de esta posesion, y advertí que me escuchaba atentamente. Despues me dirigió algunas preguntas acerca de la situacion que ocupa y de los recreos que ofrece, y me pareció satisfecha de mis respuestas. Entónces le dije:

—¿Deseas conocerla?

—Phs—me contestó moviendo la cabeza.

—La estacion convida—añadí yo—á pasar allí una temporada. Estamos en el principio de la primavera y en los primeros dias de nuestra luna de miel.

—Veremos—me dijo—le temo á la soledad y voy á aburrirme.»

«Ahogué en el fondo de mi corazon este desaire hecho á mi persona, porque claro está que yo habia de acompañarla y le temia á la soledad yendo conmigo.»

«Me sonreí de la manera más amable que me fué posible y proseguí diciendo:

—Allí puedes dar largos paseos á caballo que fortalecerán tu salud algo delicada. Tienes tambien un hermoso estanque, que por medio de un estrecho semejante al de Gibraltar, se comunica con otro mayor cuyas aguas pacíficas van á perderse bajo la sombra de un bosque silencioso. En estos mares puedes navegar cómodamente y darle una vuelta al mundo en una tarde. Encontrarás allí jardines, grutas, cascadas, fuentes y estátuas. Hay tambien un gran soto abundante en caza, y si no eres demasiado sensible á la crueldad de esa diversion, cazaremos suculentas liebres y sabrosos patos.»

«El cuadro que yo le describia llegó á interesarle, porque se animó su rostro, y me dijo:

—No es posible resistirse á tantos atractivos. Quiere decir que añadiremos lo que falte y pasaremos una buena temporada.

—En ese caso—me apresuré á decir—voy á dar las órdenes necesarias á fin de que todo esté dispuesto para mañana.

—Mañana—replicó—es demasiado pronto.—Estamos en jueves.—Bien; iremos el domingo.»

«En efecto, el domingo llegamos á esta soledad encantadora á que tú has puesto el nombre de Vistabella.»

«Desde que pusimos el pié en la quinta se mostró conmigo más comunicativa, merced sin duda á su curiosidad, pues me hizo mil preguntas; queria enterarse de todo ántes de verlo y á la vez iba corrigiendo los defectos que advertia en mis respuestas. Hay que reconocerle hábito de grandeza y cierto gusto aristocrático, y no me opuse á que hiciera las reformas que creyera convenientes, lo mismo en los salones que en los jardines. Al dia siguiente se dignó coger mi brazo despues del almuerzo y juntos recorrimos una parte de la posesion; á la tarde completamos la visita dando un largo paseo á caballo.»

«Empecé á concebir fundadas esperanzas de despertar en este corazon de veintidos años la vida de los sentimientos. La estancia en la quinta le era agradable, y si yo conseguia apartarla por algun tiempo del mundo en que vivia adormecida su alma, podia empezar á cantar victoria. Jamás me ha ocurrido la idea de escribir una novela, pero todos hacemos alguna en la vida, y no dejaba de ser original la que comenzaba á trazarse en mi imaginacion. Merced á mis riquezas habia obtenido la mano de Elisa; pues bien, ahora me proponia conquistar su corazon. Para un amante no suele ser esta empresa muy difícil, mas para un marido la cosa ofrece más sérias dificultades... Claro está que no pensaba enamorarla con misteriosas serenatas, ni con tiernos suspiros, ni con billetes perfumados, ni con amenazas, ni con súplicas, ni con cómicas desesperaciones, ni con trágicos juramentos, porque todas esas cosas que agradan á las mujeres en sus amantes les son insoportables en sus maridos. Tampoco es cosa de agarrar una tranca y hacerme amar á linternazos. La aventura que me propongo llevar á cabo es más árdua.»

«Eso era ayer, hoy ha caido el edificio de mis esperanzas como un castillo de naipes. Elisa ha tenido la maldita ocurrencia de disponer una fiesta suntuosa y ha invitado á ella á medio Madrid. Cuando creia que se habia olvidado del mundo, era el mundo su único pensamiento. Esta noche empezarán á llegar los convidados. Se iluminarán los jardines á la veneciana; habrá paseos por el lago, baile en los salones y fuegos artificiales. Elisa acaba de recibir tres trajes, uno de mañana, otro de tarde y otro de noche; los tres son indispensables, porque la funcion está dividida en tres actos, y Elisa, que va á ser la reina de la fiesta, necesita, digámoslo así, triplicarse.»

«¿Por dónde dirás que he sabido esta novedad que ocurre en mi casa?—La he sabido por los periódicos. Ellos me dan cuenta de todo, y explican el caso diciendo que yo por hacer pública mi dicha he preparado esta sorpresa para que sea, si no más dulce, á lo ménos más brillante nuestra luna de miel. Estos demonios de órganos de la opinion pública todo lo saben. Y no es eso lo peor, sino que anuncian mi propósito de repetir una vez á la semana tan espléndida fiesta. ¿Qué te parece?»

«No pára aquí la cosa. Has de saber que tambien tengo dispuestas divertidas pesqueras en el lago y animadas cacerías en el soto, carreras de caballos y corridas de toros. ¿Te parece poco?... pues oye: Unos atribuyen estas espléndidas locuras al amor entrañable que Elisa y yo nos profesamos, siendo, como si dijéramos, el fausto de nuestra mútua ternura. Otros no ven en todo ello más que un soberbio negocio: yo me propongo dar á Vistabella una celebridad europea con el fin de tentar la vanidad de los grandes capitalistas. Mi pensamiento es venderla ventajosamente al primer millonario que quiera pagarla ó á cualquier rey destronado que desee adquirirla.»

«Aun hay más; algun periódico advierte que se hacen diversos comentarios en los altos círculos políticos, atribuyendo las fiestas de Vistabella á una intriga tenebrosa ó por lo ménos una manifestacion contínua contra la novísima monarquía que nos ha caido en suerte. De aquí á que nos haga una visita la *partida de la porra* no hay más que doce leguas de distancia, que se andan en camino de hierro.»

«Hé aquí lo que me sucede cuando ménos lo esperaba. La base de mi plan consistia en la soledad, en el alejamiento de las disipaciones del mundo; me habia propuesto hilvanar una especie de idilio; me proponia ser una cosa así como Pablo á ver si conseguia meter á Elisa en los trotes de que se decidiera á ser mi Virginia; pero estas malditas fiestas han venido á echar abajo todo mi proyecto. Las riquezas con que me adula la suerte me estorban y empiezo á sentir cierto rencor contra mi fortuna. Así es que he resuelto arruinarme; mejor dicho, he resuelto dejar que Elisa me arruine, cosa que hará á las mil maravillas. Éste á lo ménos será su castigo, porque por lo que á mí hace, seré el hombre más feliz de la tierra el dia que pueda decirle: amiga mia, se agotó la mina; has gastado magníficamente hasta el último duro, y el espléndido Creso no tiene ya ni una peseta con que hacer brillar tu belleza. Ahora verás cuán fácilmente vuelve el mundo la espalda á los astros que se eclipsan.»

«Aquí tienes mi resolucion definitiva: voy á abrir de par en par las puertas de mi gabeta y á dejarla que tire por las ventanas de su vanidad todo el oro que me ha servido para comprar su mano. Al fin es suyo, porque bien miradas las cosas, su preciosa mano era una joya cuyo precio ha sido mi fortuna. Ah, no caen por la chimenea alhajas de tanto valor. ¡Dichosos los que no tienen fondos para adquirir estos objetos de lujo!»

«En resúmen, mi luna de miel es bastante amarga.»

En honor de la verdad, mi afortunado amigo no habia hecho un gran negocio; pero yo vislumbraba algun rayo de esperanza, y por otra parte no podia aplazar por más tiempo la respuesta. Tomé la pluma y le escribí largamente. Ayer debió recibir mi carta, y mañana espero saber el efecto que le ha causado.

JOSÉ SELGAS.

AL TIEMPO.

¡Inmenso es tu poder! Nada en el mundo
puede atajar tu indómita carrera.
¡Tú vas sembrando por la tierra pueblos,
tú destruyes los pueblos de la tierra!

—

¡Tú inundas de grandezas las historias;
tú los gigantes del talento creas,
y despues las grandezas y los génios
en los sepulcros del olvido entierras!

—

¡Tú levantas altivos monumentos;
tú produces artísticas bellezas,
y tú tambien, atravesando siglos,
de tanta admiracion ni rastro dejas!

—

Tú á la mujer, delicia de mi alma,
más que un ángel de Dios hiciste bella;
y hoy, á aquella mujer has convertido
en polvo vano que la tumba encierra.

—

Mas con tanto poder no has conseguido
que olvide á esa mujer... ¡vencido quedas!
que siempre ha sido su recuerdo amante
¡soberano señor que en mi alma impera!

RICARDO SEPÚLVEDA.

Á LA CARIDAD.

¡Caridad! Fuente de amor,
puerto de eterna bonanza,
manantial de la esperanza
y bálsamo del dolor.
Luz cuyo tibio fulgor
rasga de la pena el velo,
nombre que lleva el consuelo
y el bien infinito encierra...
¿quién no te adora en la tierra
cuando eres hija del cielo?

—

El pecho que su mal llora
y en honda lucha combate,
tranquilo y sereno late
si en su martirio te implora.
Es tu mano bienhechora
lo que el hombre tiende al hombre,
y aunque al corazon asombre
la amarga pena en que gime,
lo consuela y lo redime
la dulzura de tu nombre.

—

Donde hay llanto que enjugar,
allí está tu influjo santo,
y no hay en el pecho llanto
que tú no puedas secar.
Tu aliento sabe borrar
los recuerdos de amargura,
y tú, buena, santa y pura
tejes coronas de flores,
para premiar los dolores
y cubrir la desventura.

—

De tí la Esperanza en pós
llevando á la Fé camina,
que la voluntad divina
quiso enlazarte á las dos.
A la palabra de Dios,
y con su aliento fecundo,
llena del amor profundo
copia del que guarda el cielo,
tendiste al mundo tu vuelo
para consolar al mundo.

—

Y en él cumples tu destino
y á los que sufren levantas,
y las oraciones santas
se escuchan en tu camino.
Solo tu aliento divino
hace á la desgracia fuerte,
y acaso sin comprenderte,
el labio humilde te reza,
que en tí la ventura empieza,
y sin tí la vida es muerte.

—

. . . .

El canto del alma mia
no lleva espléndidas galas
sobre las débiles alas
de mi pobre fantasía.
El labio solo te envia
sentidos y humildes sones,
y mientras dulces canciones
te ofrecen más rico fruto,
yo te doy como tributo
mi amor y mis bendiciones.

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

CANTARES.

I.

Cuando pienso en tí, mi bien,
me acuerdo de aquel que dijo
que los que quieren de veras
nunca son correspondidos.

II.

Rico á Puerto-Rico llaman
y con razon, á fé mia,
que sin contar más tesoros,
de Puerto-Rico es mi niña.

D. A.

LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA

Y LOS ARTISTAS ESPAÑOLES (1).

En la fértil isla de Patmos, un anciano sufria las penalidades del destierro y de los trabajos en las minas por órden del emperador Domiciano. Habia visto morir á Jesús: lo vió resucitado: habia asistido con amor de hijo á María, hasta el instante en que la madre de su maestro durmió el dulce sueño de la bienaventuranza: habia contemplado la *coronacion y trágico fin de los tiranos* que se sucedieron en el sólio de los Césares de Roma, y el martirio de los demás apóstoles de Cristo y de sus primeros discípulos: habia sobrevivido á dos generaciones de déspotas, de filósofos, poetas y oradores, de impiedades y perversidad de costumbres de los pueblos paganos, en los que empezaba á penetrar la luz esplendorosa del Evangelio.

Os hablo del discípulo amado de Jesús, de aquel á quien la Iglesia ha hecho pintar siempre en la lozanía de la juventud para que recordemos que su imaginacion fué juvenil constantemente, áun en medio de la edad más avanzada: de San Juan Evangelista, en fin.

La inspiracion divina descendió hasta él: allí en Patmos, al experimentar el rigor de las tribulaciones, tuvo la revelacion de las de la Iglesia: allí escribió el libro del Apocalipsis en sublimes profecías y en misterioso y alto estilo.

Entre lo que descubrió con su mirada de águila, se halla lo siguiente:

«Y apareció una grande señal: una mujer cubierta del »sol, y la luna debajo de sus *piés, y en su cabeza una co-* »rona de doce estrellas.»

La piedad cristiana desde los primeros siglos de la Iglesia, comenzó á entrever el misterio de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios, y algunos en las palabras de San Juan citadas, hallaban una declaracion alegórica.

Cayó el poder del imperio romano. España fué oprimida de las bárbaras naciones del Norte; y al cabo venció á sus conquistadores por medio de la religion y la sabiduría.

Aquella rama de prelados insignes; los Leandros, los Isidoros, los Julianes, los Fulgencios, los Ildefonsos, todos, en fin, cooperaron á la civilizacion del pueblo y al engrandecimiento de la fé.

Desde esos tiempos, sí, despiértase en los ánimos de la nacion española el afecto á proferir las más dulces y sentidas alabanzas de María, confiándose á su intercesion poderosa. Y ¿cuál fué la principal de todas? La que reconocia su Concepcion Inmaculada. A tal antigüedad se remonta el devoto afecto de los españoles hácia tan inefable misterio.

Oid la voz de San Ildefonso, proferida desde su silla de Toledo:

«El que para mí fué redentor, para tí ¡oh María! fué »hijo.»

«Si la carne de María nació de la masa de la primera »prevaricacion, ¿de qué manera el Verbo, que se hizo »carne en su seno, no tuvo pecado? Porque el mismo hijo »de Dios que encarnó en sus entrañas, se hizo sombra »desde el principio, y rodeó como una nube á aquella Vír»gen que habia de concebir por operacion milagrosa del »Espíritu Santo, y que habia de quedar poseida toda de »la virtud del Altísimo... Y ¿cómo no se habia de conce»bir sin el pecado original aquella Vírgen que el Espíritu »Santo llenó de su gracia?»

Cayó á su vez la monarquía goda: los sarracenos invadieron la Península; comenzóse la lucha de siete siglos, en que más que la patria se defendia la religion. Buscad en los antiguos templos españoles las imágenes góticas y bizantinas; en muchas vereis el deseo de los artistas de representaros la de María en su Concepcion Inmaculada: una esbelta doncella, con real corona y juntas las manos en señal de la fervorosa oracion con que invocaba al Señor.

Fúndase una religion de caridad por el famoso rey don Jaime I de Aragon; la de la redencion de los cautivos. Se declara que su fundadora es María, inspiradora del pensamiento á Pedro Nolasco, á Raimundo de Peñafort y al mismo rey don Jaime: el hábito de los religiosos y de los caballeros de la órden es el blanco, símbolo de la pureza de María.

Desde los primeros tiempos de la fundacion, los religiosos entonaban sus rezos á María, celebrando este misterio, «Vírgen María, no ha sido concebida otra semejante á ti en el mundo entre las mujeres: floreces como la fragante rosa entre los lirios.»

Con estos tiernos loores se alentaban en sus esperanzas para penetrar en las ciudades africanas los religiosos y restituir á la amada libertad á los que gemian en cadenas y con el espíritu siempre en la fé de Jesucristo; con esas alabanzas del más delicado sentimiento se enardecian los caballeros de la órden para combatir á la morisma en los campos de Córdoba y Sevilla y en la vega de Granada: con esas mismas se entusiasmaban para pelear en las playas de África por la religion, y en las ciudades de Palestina para la recuperacion del sepulcro del Redentor del mundo.

Don Juan I de Aragon, devoto singular de las excelsas glorias de María, dió en 1394 un privilegio en que declaraba que habiéndola la Majestad divina predestinado para que gozando sin corrupcion los goces de ser madre juntamente con la preeminencia de Vírgen, fuese levantada por las cohortes de los santos, ángeles y hombres por su eterna Reina y Señora, ¿cómo podia faltar en la concepcion de su sagrado cuerpo alguna parte de pureza ó gracia?

¡Oh! el vencedor de Cerdeña, que reverenciaba con puro corazon á María, mandó celebrar perpétuamente en sus Estados esta festividad, y que en adelante no fuese lícito á persona alguna hablar contra la pureza de la Concepcion de María.

Y tú, Vicente Ferrer, gloria ilustre de la Iglesia española, cuya elocuencia fué la admiracion de tu siglo, para serlo despues de las edades venideras, ¿qué viste en María para celebrarla en tan divinal misterio?

«La luz criada en el principio del mundo fué una som»bra con que la Majestad divina quiso significar que la »futura Madre del hombre Dios se habia de concebir sin »las tinieblas de la culpa. Dijo el Supremo criador *hágase* »*la luz*, y al imperio de esta voz se formó puntualmente »la luz. Hé aquí un bosquejo de la santificacion de María. »No penseis que fué criada como nosotros, que somos con»cebidos y nacemos en el pecado. Apenas se habia forma»do su cuerpo y criado su alma cuando fué santificada. »Por esto se hace la fiesta de su concepcion ó luz de san»tificacion que se obró en la gloriosa Vírgen; y los ánge»les en el mismo momento celebraron su Concepcion.»

Y la fé en este misterio crecia más y más en los españoles.

Y la reina Isabel la Católica dá el ejemplo á su pueblo, y á las conquistas en el reino de Granada la acompaña su inquebrantable afecto á la pureza de María. Cristóbal Colon, al descubrir el Nuevo-Mundo y saludar por vez primera la segunda de las islas á que llegaron sus carabelas, le dió el nombre augusto de la Concepcion.

Y doña Beatriz de Silva funda en 1511, en Santo Domingo el Real de Toledo, *la religion de la Concepcion Purísima.*

Y en los tiempos de Cárlos V y de Felipe II, el gran teólogo español, el doctor Suarez, despues de alegar cuantas pruebas de autoridad le sugirió su ciencia en defensa de la pureza de la Concepcion de María, abandona la autoridad, y dirigiéndose á la razon, dice á los pueblos:

«¿Quién no se ha de persuadir que era decoroso y del »todo conveniente que un Dios amante de la pureza, de »la santidad y del honor, eligiese una madre santa desde »su creacion? ¿Qué ignominia más contraria, qué escla»vitud más opuesta al esplendor y á la nobleza de que era »digna la madre de un hijo, el más hermoso, el más no»ble y el más inmaculado, que aquella infamia heredada »de la desobediencia del primer padre?»

¿Cómo se pintaba por estos tiempos el misterio de la Concepcion Inmaculada?

Yo he visto una antigua tabla de Van Eyck (por los años de 1500), representando á San Joaquin y Santa Ana bajo el dintel de una puerta dorada, contemplándose y *saliendo de sus corazones dos troncos*, que van á unirse, y en su union apareciendo niña la Vírgen María. Esto es por aquella antigua tradicion que dice que estando San Joaquin con su ganado en el campo y Santa Ana en su jardin, fueron uno y otra avisados por un ángel que se esperaran en la puerta dorada de Jerusalen, y que allí, con un abrazo de paz y con una salutacion santa, desapareció la esterilidad de la madre de María.

Otros pintores y algunos escultores presentaban la Inmaculada Concepcion de esta suerte: María teniendo en sus brazos al Niño Jesús y una azucena en la derecha mano en significacion de su pureza y de que si la alcanzó fué por la dignidad de Madre de Dios.

Bien sé que me preguntareis: ¿y los grandes maestros de Italia? decid ¿cómo retrataron á María en este divinal misterio? Rafael el de las celebradas Vírgenes; Correggio el pintor de las Vírgenes no ménos celebradas, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Ticiano, Tintoreto, Pablo Veronés, que sabian representarnos fielmente la belleza, que poseian todo el idealismo del arte y que los más estaban animados del más puro sentimiento cristiano, *habrán dejado obras admirables en que hayan* trazado este soberano misterio de la Concepcion de María. Trazad aquí una ligera idea de ellas para que sintamos al par de los grandes artistas italianos, que con ellos elevamos nuestras mentes á la Reina de los cielos; para que la contemplemos en la gloria que la preparó para la mayor de las glorias; para ser madre de Jesucristo el deseado de las gentes y el Señor de los siglos.

¡Ah! me pedis un imposible. La representacion de ese sublime y dulcísimo misterio no fué alcanzada por los maestros de la Italia del renacimiento. No busqueis en Rafael, ni en Leonardo de Vinci, ni en Correggio, ni en Ticiano, el más ideal de los misterios de la Vírgen para la pintura. Ellos, entusiastas de la belleza, no supieron sentir el más bello de los asuntos. Estaba reservada esa gloria para los grandes artistas españoles.

Estos son los que alcanzaron esa gloria y los que dieron el ejemplo á los artistas de otras naciones. ¿Y por qué? Porque supieron sentir con más vehemencia la devocion y el cariñoso afecto á María; porque eran representantes de una idea, que era la constante y tierna idea de este pueblo, *fiero en las lides*, inquebrantable en la constancia porque peleaba por su patria y por su fé, y apasionado y enardecido en las obras de su inteligencia, porque en la fé y en el amor de la patria buscaba siempre anheloso el fin de sus aspiraciones.

En Sevilla un predicador, reinando Felipe III, puso en duda la pureza inmaculada de María en el instante de su Concepcion. El pueblo indignado quiso por todos los medios desagraviar á María. Entónces Miguel Cid, ingenio de aquella ciudad de artistas, de poetas y de sabios, compuso aquellos famosos versos que empezaban:

Todo el mundo en general
á voces reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Por calles y plazas se cantaba continuamente esta cancion popularísima, y más popular entónces todavía.

Fray Alonso Sobrino, de la Órden del Cármen, publicó en Sevilla un tratado de la Concepcion: el padre Pineda, de la Compañía de Jesús, escribió un libro de las advertencias del privilegio de don Juan I de Aragon, en favor de esta fiesta de María: Fray Bartolomé de Loaysa, Fray Miguel Ruiz, el Licenciado Melchor Zambrano, defendian en el púlpito el misterio, y Fray Damian de Vegas escribia en coplas su tratado de la *Pura, limpia é inmaculada Concepcion:* enviaban los cabildos de Sevilla al pontífice y al rey mensajes en su defensa hasta conseguir que Su Santidad impusiese silencio á la opinion contraria.

El gran pintor Juan de las Roelas, siguiendo la general devocion, comenzó á pintar cuadros de la Concepcion de María. Siguióle el célebre Francisco Pacheco, maestro y suegro de Velazquez, poeta como Herrera y Jáuregui, pintor tambien, teólogo como Rioja, poeta igualmente y amigo y admirador de los artistas y de los hombres de condicion y de ingenio.

Entónces un niño acababa de recibir el agua del bautismo en su patria, la ciudad fundada por Hércules y conquistada por el santo rey Fernando con el auxilio del valor de Garci Perez de Vargas. Y mientras que ese niño crecia, ignorante de la gloria que le estaba destinada en las regiones del arte, Francisco Pacheco le facilitaba sin saberlo el camino.

Pacheco vuelve la vista hácia la isla de Patmos: recuerda al discípulo amado de Cristo, á San Juan, y con este recuerdo repite aquellas palabras: «Y apareció una »grande señal: una mujer cubierta del sol, y la luna de»bajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce es»trellas.»

«Hé aquí la imágen—dijo—de María en su Concepcion Inmaculada.»

Y la trasmitió repetidamente al lienzo con aplauso de sus contemporáneos. Y en una de ellas representó al pié de la Vírgen al poeta Miguel Cid, que parecia repetir ante la imágen aquellos versos:

Todo el mundo en general
á voces reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Y en tanto aquel niño, desconocido para los pintores, iba adelantando en su edad y recibiendo las inspiraciones del pueblo de Sevilla, ferviente devoto de María Inmaculada.

Y con los de sus mismos años, y con sus padres y deudos, entonaba juntamente la célebre cancion y oraba ante las imágenes de la *Vírgen concebida sin pecado*, debidas al pincel de Roelas y de Pacheco.

Y más tarde, cuando Miguel Cid pasó á la otra vida á recibir de manos de ángeles la corona que Dios destinaba á sus virtudes, presenció el espectáculo de su entierro, á que acudieron todas las comunidades religiosas, títulos, caballeros y pueblo de Sevilla y los niños cantando á coros su copla celebrada en honor de María.

Y tambien vió depositarse en la Santa Iglesia Catedral el cuerpo de Miguel Cid, y mientras el clero entonaba el oficio de sepultura, subir á la Giralda multitud entusiasta, interrumpir el doble y echar á vuelo las campanas en significacion piadosa de que Miguel Cid, como cantor de la gloria de María en su *Pura y limpia Concepcion*, no podia ménos de ser un santo.

De ese niño de que os hablo ¿á qué callar el nombre si ya lo habeis adivinado? Ese niño era Bartolomé Estéban Murillo, sí, Bartolomé Estéban Murillo. Dedicóse cuando jóven á las artes: aprendió con Juan del Castillo; pero anhelaba otra dulzura en su colorido, otra dulzura conforme con su alma, con su imaginacion, con sus sentimientos de *hombre y de artista.*

Hasta que Murillo no creó su especial y agradable estilo, despues de estudiar en la córte las obras de Ticiano y Van-Dyck, no se sintió con fuerzas bastantes para pintar el misterio de la Concepcion Inmaculada, objeto del tierno y fiel cariño de los dias de su niñez.

Pintó, sí, tan alto misterio, teniendo presente la Concepcion de Pacheco, al tenor de la inspiracion de San Juan Evangelista, la mujer vestida del sol, con la luna a sus piés y coronada de estrellas.

Pero hizo más Murillo: colocó á María cercada de nubes y en las nubes multitud de ángeles y serafines, á semejanza de algunas imágenes de Roelas y Pacheco.

Era el artista español que obedecia á la inspiracion del sentimiento patrio: era á Murillo agregado á la vision de San Juan Evangelista, la de San Vicente Ferrer, que como ya habeis oido, refiere «la luz de la satisfaccion que se obró en la gloriosa Vírgen, y *que los ángeles* en el mismo momento celebraron su Concepcion.»

Pues vedla en las pinturas de Murillo celebrada por los ángeles, y celebrada, no en la tierra, sino en el cielo, para que lo que en el cielo se solemnizaba, nosotros los mortales solemnizásemos juntamente.

(1) Este discurso fué leido en Cádiz el 8 de Diciembre del año próximo pasado, en una solemnidad del dia.

La belleza de María en los cuadros de Murillo no es la belleza pagana de las de Rafael y el Correggio. Su ideal es el del puro misticismo español, que nada debe al arte de los gentiles: la belleza de la Concepcion de Murillo es la de la mujer engrandecida por la gracia: no es una deidad que baja á la tierra, es la naturaleza de Adan la que Murillo nos presenta, naturaleza de Adan ántes de la culpa, y los ángeles y serafines alegrándose al contemplarla y diciéndola: «Toda eres hermosa: Dios te salvó llena de gracia.»

¡Oh! si una de las mayores glorias de la nacion española en materia de fé, es siempre haber defendido el misterio de la Concepcion Inmaculada, una de las más excelsas glorias de nuestros artistas es haber trasmitido al lienzo el pensamiento de San Juan Evangelista.

El trazó en Patmos el ideal de María en su Concepcion: Roelas y Pacheco lo comprendieron; Murillo lo realizó con maravilloso estilo. Al pincel de los italianos, flamencos y alemanes estuvo negado representarnos admirablemente este misterio de aquella que fué ántes santificada que nacida.

Y cuando vemos que la atencion de los extranjeros más sabios ó entendidos se fija en una de las *Concepciones* de Murillo, y que ante ella se extasía, y que todos celebran aquel encanto del colorido, aquella trasparencia de tintas, aquella nobleza de los ángeles y aquella hermosura de María con la expresion de la más inmaculada pureza, no podreis ménos de convenir conmigo en que esa maravilla inimitable y reconocida procede de que en esas obras se ve á la España verdaderamente española llevando al último extremo el ideal de la fé.

En la esplendente creacion de María preservada del pecado original, empieza la obra de la libertad del linaje humano que termina en el Gólgota.

Todavía en medio de las tempestades del siglo, de la incredulidad, de la ignorancia y de la soberbia, hacen palpitar nuestros corazones en amor y esperanza, la contemplacion de las obras de Murillo representando la Concepcion Inmaculada.

¿Qué es esto, señores? ¿Es la ilusion de nuestros sentidos? ¿Es el halago de nuestra fantasía? ¡Oh! no: no lo dudeis: hay algo más grande que la magia del colorido de un eminente artista: es que ese eminente artista nos retrata con pincel sublime, que no hay nada imposible al querer de Dios.

Cada *Concepcion* de Murillo es un poema de bendicion y de dulzura, de gratitud y de esperanza.

ADOLFO DE CASTRO.

QUÍMICA DOMÉSTICA.

Receta para hacer las telas incombustibles. Hé aquí una receta importantísima, destinada á precaver los accidentes causados por el fuego. Esta receta, comunicada por un químico francés que la entrega al público, consiste en mezclar con el almidon que sirve para almidonar las muselinas y otras telas, una cantidad igual en peso de carbonato de cal. Esto basta para hacer los vestidos y las enaguas incombustibles, sin perjudicar en nada á la frescura y apariencia de las telas, que se planchan como de ordinario. *(Industriel français).*

Restauracion del terciopelo. Se coloca una plancha de metal sobre un hornillo lleno de carbon encendido. Sobre esta plancha se pone un pedazo de lienzo empapado en agua. Se pone el terciopelo por el revés sobre este lienzo, y se cepilla suavemente el terciopelo *pelo abajo*, en todos los parajes en que esté *machado*. Debe mojarse sin cesar el pedazo de lienzo.

Cintas ajadas. Para devolver á las cintas de color de lila y otros colores análogos su frescura primitiva, basta con poner en un litro de agua un pedazo de sal de soda del grueso de una nuez, y empapar en este agua la cinta. Se la retira, se deja gotear el agua y se la plancha todavía húmeda.

Manera de quitar las manchas de esperma sobre la seda y la lana. Cuando la mancha está seca se raspa la esperma, y cuando no queda ya grasa aparente, ó por lo ménos que queda tan sólo la huella de la mancha, se coloca encima una hoja de papel secante ó de papel de seda. Se ponen algunos carbones encendidos en una cuchara de plata, y se coloca ésta sobre el papel, renovando la operacion hasta que la mancha no salga ya á la superficie del papel.

FIGURIN EXTRAORDINARIO.

DISFRACES.

Núm. 1. *Postillon.*—Chaqueta de paño verde, con vueltas, solapas y cuello de paño encarnado galoneado de oro. Una hilera de botones de oro adorna cada solapa. Chaleco de casimir blanco, abierto sobre una camisa de batista con cuello vuelto. Corbata negra retorcida acompaña la abertura del chaleco. Este va atravesado con muchos galones de oro que sirven de ojales. Sombrero negro de felpa de seda, rodeado de largas cintas flotantes encarnadas y verdes. Calzon corto de piel de gamuza. Medias blancas, con ligas encarnadas, y zapatos negros con hebillas de oro.

Núm. 2. *Vendedora de cerezas.*— Falda corta de tafetan azul, cubierta toda de volantes encañonados y sobrepuestos. Segunda falda de muselina blanca festoneada y bordada en la orla: esta falda, que es muy corta, va recogida por los costados con ramos de cerezas. Corpiño de debajo de tafetan amarillo, descotado en forma de corazon, con mangas cortas y bullonadas: encaje blanco al rededor del escote y de las mangas. Este corpiño va cubierto en parte por otro corpiño de seda color de cereza, abierto y enlazado sobre el pecho, descotado en cuadro más bajo que el corpiño amarillo y acompañado de aldetas redondas, que van ribeteadas con un volantito de muselina. Cofia de encaje blanco, ornada por cintas color de cereza y rosa. Cestito lleno de ramos de cerezas, sujeto por dos cintas amarillas, que rodean las caderas y se fijan por detrás en la cintura. Medias de seda blanca bordada de color, y zapatos de raso negro con rosetas encarnadas.

Núm. 3. *Traje de capricho.*—Primera falda corta de tafetan amarillo *glascado* de encarnado y tableado. Segunda falda igual, pero no tableada, formando festones muy anchos recortados en ondas. Entre esta falda y la primera va á manera de fleco una hilera de hojas grandes de convólvula, planta conocida vulgarmente con el nombre de *albohol*. Cinturon compuesto de las mismas hojas, grandes y pequeñas. El corpiño, de tela igual á las faldas, forma dos anchas ondas por delante y otras dos en la espalda. Camisolin de muselina descotado y adornado con ricos encajes. Las mangas en forma de campana, para figurar el estremo de la flor son semi-anchas, y onduladas en su borde inferior y acompañadas de hojas en las sisas. Tocado de fantasía *reproduciendo los mismos colores del traje*. Media de seda bordada. Zapatos de raso negro con rosetas

Núm. 4. *Oficial de Felipe V.*—Levita de paño gris, azul, entreabierta por abajo sobre un chaleco de paño encarnado oscuro, que va abierto á su vez. Cinturon de correa blanca. Peto de paño encarnado galoneado de oro, con sardinetas y botones de oro. Bocamangas de lo mismo. Carteras de bolsillo iguales á las bocamangas. Tricornio negro galoneado de oro. Peluca empolvada, anudada por detrás con una cinta negra. Calzon de piel de gamuza y botas negras ajustadas y abrochadas en el costado.

Núm. 5. *Campesina rusa.*—Falda corta de cachemir color de naranja, terminada por una tira de terciopelo negro de 10 centímetros de ancho, la cual lleva por encima tres cintas de terciopelo poco espaciadas. Corpiño muy descotado igual á la falda, visto solo por delante y oculto detrás por una media chaqueta negra con aldetas y que cubre la parte superior de los brazos. Camisolin de muselina abierto en forma de corazon. Este camisolin va bullonado y adornado con bordados. Una manga de muselina bullonada, seguida de una guarnicion plegada, completan la manga corta de la chaqueta negra. Un pañuelo de gasa blanca estampada de flores vivas cubre los hombros, se cruza sobre el pecho y se fija por los dos lados al cinturon de un delantal de muselina blanca bordado y guarnecido de volantes plegados. Cinta negra mosqueada de oro, en la cabeza; cinta de terciopelo negro en el cuello, y cruz grande de oro. Medias blancas bordadas de oro. Zapatos negros con hebillas.

Núm. 6. *Pescador napolitano (traje de Mazaniello).*—Camiseta de lana gris verdoso; la cual entra en un calzon muy corto, igual á la camiseta. Esta y el pantalon van ribeteados de encarnado. Una faja de lana encarnada y negra rodea la cintura y se anuda en el costado. Hay que añadir que la camiseta se abre sobre un chaleco azul oscuro, que sube hasta el cuello de la camisa blanca, y que un amuleto ó medalla de oro, suspendida de un cordon, cae sobre el chaleco. Forro napolitano de lana encarnada, echado hácia atrás. Medias altas blancas con listas negras. Botinas encarnadas con puntas y talones negros.

Núm. 7. *Gitana.*—Falda corta de moaré blanco, terminada por una tira de terciopelo encarnado, que forma en su borde superior anchas ondas puntiagudas. Un poco más arriba, un biés de terciopelo encarnado dibuja unos pabellones con flecos de medallas, y por encima signos cabalísticos bordados de oro. Segunda falda de gasa blanca con listas encarnadas, recogida por los costados con un ramo de rosas. Corpiño de terciopelo encarnado, descotado en cuadro: su delantero, muy descotado, forma una onda en el pecho, y termina en la cintura con una punta redonda, rodeada de aldetas largas y puntiagudas. Fleco de medallas en la parte inferior del corpiño; galon de oro en su contorno superior. Camisolin de gasa blanca y encarnada, descotado en redondo. Collar de oro. Mangas flotantes igual á la segunda falda y al corpiño, sujetas en la parte superior del brazo con brazaletes de oro. El cabello va dispuesto en largas trenzas caidas, adornadas de rosas de distancia en distancia. Redecilla encarnada con fleco de medallas. Rosa en el lado. Pandero dorado é iluminado con signos cabalísticos. Media de seda blanca. Botinas de raso encarnado, con talones dorados.

Núm. 8. *Señor de la época de Cárlos IX (Raoul en la ópera Los Hugonotes)*—Jubon de terciopelo granate ga oneado y cerrado con botones de oro. Cinturon estrecho, tambien de oro. Mangas ajustadas, que terminan en bullones de batista blanca; cuello de lo mismo. Banda de seda blanca y azul. Sombrero de ala vuelta y alta y copa cómica adornada con plumas: todo esto granate como el jubon. Calzon corto igual al jubon, guarnecido en los costados con galones y botones de oro. Ligas de oro. Medias de seda blanca. Zapatos de terciopelo negro, con rosetas de oro. Espada pendiente del cinturon.

SOLUCION AL GEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚM. 47.

En los siglos venideros
los poetas cantarán
nuevo Cid en mi Rodrigo
y este santo en el altar.

(EL VIZCONDE.)

La han enviado las Sras. y Sritas. D.ª Concepcion Diez Taravilla y Ojerto.—D.ª Dolores Noguera.—D.ª Cármen Salvador y Doña Pepita y D.ª Amparo Edo y Rocher.

Hemos recibido nuevas soluciones al Salto de Caballo del número 46, presentadas por las Sras. y Sritas. D.ª Elisa Martinez y Sarmiento.—D.ª Rita Sanchez y Rodriguez.—D.ª María S.—Doña Acacia de Villanueva.—D.ª Josefina Alfonso.—D.ª Elvira Trelles de Vigo.—D.ª Adela y D.ª Ana Aguirre y Correto.—D.ª Cármen Ponce y Correto.—D.ª Julia Rudiño.—D.ª Isolina Arias.—Doña Matilde Merchan de Peñalosa.—D.ª Catalina Chico de Lozano.—D.ª Concepcion Autran.—D.ª Dolores Martí de Detrell.—D.ª Clotilde Mazpule de Sebastian.—D.ª Elena Prim y Moreno.—D.ª Jacinta Perez y Pascual.—D.ª María Ignacia Gomez.—D.ª Delisa Cifra.—D.ª A. O. de Molina y D.ª Clotilde Sanchez Brotons.

El Salto de Caballo del núm. 42 lo han acertado las Sras. D.ª M. V. de Camps (Güines.—Isla de Cuba), y D.ª Tomasa Sariol de Barquin (Ingenio «Luisa.»—San Juan de los Remedios.—Isla de Cuba).

ADVERTENCIA.

AGENCIA EN PANAMÁ.

La Empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA tiene encomendada su Agencia en Panamá al señor don Alfredo Orillac; por tanto, los señores Agentes de las diferentes partes de América que necesiten aumento de ejemplares sobre los que se le están sirviendo, pueden pedirlos á dicho señor, el cual los servirá acto continuo, puesto que tiene existencias de números y de primas.

Las señoras que quieran suscribirse en los puntos donde no haya Agentes, pueden tambien dirigirse al expresado señor don Alfredo Orillac, en Panamá, acompañando al pedido una letra de 3 libras esterlinas, 75 francos ó 15 pesos fuertes, á la órden de dicho señor, y serán inmediatamente servidas.

GEROGLÍFICO.



La solucion en uno de los próximos números.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.